

LOS GRANDES PRELADOS DE COLOMBIA (1)

Ha hecho muy bien la Academia Nacional de Historia en incluir en este libro un capítulo sobre los grandes prelados colombianos, y ha hecho mal en designarme para escribirlo, de preferencia a varios eclesiásticos muy superiores a mí, que forman parte de la docta corporación. Dios le recompense el acierto, Dios le perdone el yerro.

Los que tenemos la dicha de ser creyentes y los que padecen la desgracia de no serlo, andamos acordados sobre el papel principalísimo del sacerdocio católico en la civilización del Nuevo Mundo y sobre el influjo que sigue ejerciendo sobre las repúblicas hispano-americanas. Una historia de nuestro país en que se prescindiese del clero sería como una de Inglaterra en que no se mentaran los sajones y los normandos, u otra de España sin la guerra siete veces secular entre moriscos y cristianos.

Estimo que los anales de una nación no deben principiarse con la última forma de estado o de gobierno en que ahora se halle constituida; sino que debe ascenderse a los primeros pobladores del territorio, hasta que ya falten los monumentos y tradiciones. Francia enumera a Vercingétorix entre sus ilustres guerreros; a los españoles se les llena la boca cuando hablan de

(1) Este esbozo se escribió para un libro que, con el título de *El mundo boliviano*, publicará el gobierno del Perú, para festejar el centenario de la batalla de Ayacucho. Nuestra Academia Nacional de Historia, encargada de lo referente a Colombia, señaló a cada escritor invitado por ella el asunto que debía tratar y la precisa extensión del artículo. Autorizó a los autores para «aprovechar o adaptar los trabajos que ellos ya hayan hecho o publicado.» Nos hemos aprovechado ampliamente del anterior permiso en este ensayo.

Sagunto y de Numancia; toda historia de Italia empieza por borrosas noticias sobre las tribus habitadoras de la Península, antes de la fundación de Roma.

Nuestra Madre Patria, apenas comenzadas a colonizar estas comarcas, obtuvo para ellas de la Santa Sede la creación de obispados residenciales, y envió para regirlos muchos de los varones más insignes que la honraban con su ciencia y sus virtudes. Este solo hecho bastaría para refutar la inepta especie de que España no hizo sino oprimir y esquilmar sus colonias. Por el contrario, les dio cuanto tenía, que no era poco, porque, en el siglo XVI, la civilización española era de las más avanzadas en Europa, y sólo superada, en ciertos aspectos, por la italiana. De veras, no fue madrastra sino madre la que, en favor de su prole, se desprendió de fray Juan de Zumárraga y de Bernardo de Valbuena, de santo Toribio de Mogrovejo y de fray Cristóbal de Torres.

Se ufana la silla metropolitana de Bogotá de no haber sido ocupada en cerca de cuatro siglos que lleva de existencia, por ningún hombre indigno. Desde el franciscano fray Juan de los Barrios (1553 a 1559) hasta el doctor Bernardo Herrera Restrepo, actual arzobispo (1891), todos los prelados que se han sentado en ella resplandecen por el ejemplo de las más austeras virtudes.

No pudiendo citarlos a todos, recordaré a fray Luis Zapata de Cárdenas (1573 a 1590), que había trocado las opulentas grandezas de la corte de Carlos V por el misero sayal de los menores observantes; a don Hernando Arias de Ugarte (1618 a 1625), natural de Santa Fe de Bogotá, jurisperito y magistrado insigne antes de ordenarse sacerdote, después émulo de santo Toribio en santidad y celo, varón calificado por el Papa Urbano VIII de «prelado entre los prelados, obispo entre

los obispos,» y que manifestaba su amor a la raza conquistada firmando los documentos oficiales *Hernando, indio, arzobispo de Santa Fe*; a don Bernardino de Almansa (1631 a 1633), saturado de padecimientos y oprobios por defender los derechos de la Iglesia contra demasías de las autoridades civiles; a don Antonio Caballero y Góngora (1779 a 1789), que reunió en sus manos los dos poderes, y gobernó el estado con la caridad de un sacerdote, y la Iglesia con la majestad de un virrey; a don Baltazar Jaime Martínez de Compañón (1791 a 1797), a quien podría darse, como a Lorenzo de Médicis, el sobrenombre de magnífico.

Pero los dos arzobispos coloniales que dejaron más honda y perenne huella entre nosotros, fueron don Bartolomé Lobo Guerrero (1599 a 1609), trasladado después a Lima, fundador del real Colegio y Seminario de San Bartolomé, y el maestro don fray Cristóbal de Torres (1635 a 1655), del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Los dos colegios aún subsisten en la plenitud de su desarrollo, apoyados en la tradición, abiertos a todo legítimo progreso y poblados de centenares de alumnos.

El señor Torres, religioso dominicano, después de haber sido discípulo y maestro de la Universidad de Salamanca y desempeñado importantes cargos en su orden, fue predicador de los Felipes III y IV, confesor de la reina Margarita de Austria, autor de eruditos libros teológicos y mereció que don Francisco de Quevedo le dedicara una de sus obras en señal de estima y gratitud. Al venir a este Nuevo Reino de Granada realizó magnas obras en bien espiritual y material de la Colonia. Fundó su Colegio, le dio las sabias constituciones que aún lo rigen, lo enriqueció con ingentes haberes y le obtuvo todos los honores y privilegios de los colegios mayores de España. Las cenizas del egre-

gio prelado yacen en artístico sepulcro, en la capilla; su estatua de bronce se yergue en mitad del claustro mayor del Colegio del Rosario.

A fines del siglo XVIII se produjo, en los dos colegios de Santa Fe, una profunda transformación de ideas, debida a las lecciones de ciencias físicas y naturales, dictadas por maestros eminentes. Baste recordar que en el Resario enseñó don José Celestino Mutis y, en San Bartolomé, don Francisco Antonio Zea. Junto con el entusiasmo por los entonces modernos conocimientos, nació en la juventud el anhelo por una patria independiente y republicana, que extendiese a la nación los beneficios de que se disfrutaba en los claustros escolares: régimen autónomo y electivo, con las más amplias libertades dentro de los límites de la honestidad y la justicia. Si la independencia hubiera sido una culpa, España tendría la culpa de la independencia; si fue una gloria, debe agregarse a las demás glorias de España.

Entre los prelados del tiempo colonial, preciso es recordar al santafereño don Lucas Fernández Piedrahita, obispo sucesivamente de Santa Marta y Panamá y uno de nuestros historiadores de más mérito. Se basó, para escribir su *Historia General del Nuevo Reino de Granada*, en las inmensas crónicas rimadas de Juan de Castellanos, reduciéndolas a dimensiones que permitiesen la lectura, en prosa amena y limpia de gongorismos, aunque en ocasiones difusa, adornada con bellas descripciones de personajes, lugares y costumbres.

Después de consumada la independencia, el Papa León XII, anteponiendo sus deberes de pastor a sus intereses de soberano temporal, nombró obispos para las sedes colombianas, casi todas vacantes, a pesar de los reclamos y protestas del gobierno español.

El primer arzobispo de la era republicana fue don Fernando Caycedo y Flórez (1828-1832), colegial, rector y bienhechor insigne del Colegio del Rosario. Siendo todavía canónigo, edificó nuestra magnífica catedral. Nariño lo contó entre sus cooperadores más eficaces, por lo cual don Pablo Morillo lo envió preso, en compañía de otros cuarenta y tres sacerdotes, a las cárceles de España. Al llegar a Puerto Cabello, una mujer del pueblo, movida a compasión, puso, a hurto de los soldados, medio real de plata en manos del doctor Caycedo. Este besó enternecido la limosna y la guardó como reliquia sagrada. Cuando recobró la libertad, hizo engastar la roñosa moneda en rico medallón de oro; y en lo sucesivo celebró aquel aniversario distribuyendo dos mil medios de plata a los pobres, en la puerta del palacio arzobispal.

Al anciano obispo Caycedo lo reemplazó don Manuel José Mosquera, joven sacerdote de treinta y cinco años de edad, natural de Popayán (1835-1853). Dios reparte sus dones como quiere, y concede a unos hombres lo que le plugo negar a los demás. Pero al señor Mosquera se lo dio todo con largueza: familia ilustre, belleza corporal, inteligencia soberana, alta ciencia de las cosas humanas y divinas, dotes egregias de escritor, dón de gobierno, la majestad que subyuga, la cultura que conquista y atrae.

En Bogotá fundó el Seminario Conciliar, reformó el catecismo diocesano, formó un clero verdaderamente ilustre, combatió los vicios y errores reinantes, enriqueció la literatura nacional con obras maestras, una de las cuales fue traducida a los idiomas extranjeros, e hizo resonar el púlpito con acentos que no han vuelto a escucharse.

Por obedecer a Dios antes que a los hombres, fue condenado al destierro. Se encaminó a Roma. Su trán-

sito por los Estados Unidos y por Francia fue una serie de ovaciones y triunfos. A punto de embarcarse en Marsella, lo sorprendió la muerte, que fue principio de su inmortalidad en el seno de Dios y en las páginas de la historia.

Lo sucedieron don Antonio Herrán (1855-1868), comparable a santo Tomás de Villanueva por su caridad inagotable; y don Vicente Arbeláez (1868-1884), hábil piloto que, en medio de recias borrascas, condujo a puerto de salvamento la navecilla de su Iglesia, sin dejarla encallar en los bajíos ni romperse contra los escollos. Siguiéron dos religiosos de la Compañía de Jesús: los padres José Telésforo Paúl (1885-1889), e Ignacio Velasco (1889-1891). El primero era un hombre eximio, de portentosa formación literaria y científica y de atractivo personal irresistible. Su gloria como obispo es la de haber sido parte principal en reconciliar al Estado con la Iglesia. El señor Velasco, austero en su vida privada como un antiguo cenobita, pasó como un meteoro por el cielo de nuestra arquidiócesis.

En Antioquia, después de la emancipación, don Juan de la Cruz Gómez Plata, oriundo de la provincia del Socorro y colegial de San Bartolomé, realizó una labor semejante a la del arzobispo Mosquera en Bogotá. La diócesis de Popayán, honrada a sus comienzos por la santidad del agustiniano español fray Agustín de la Coruña, fue gobernada, a fines del pasado siglo, por don Juan Buenaventura Ortiz, uno de los más eminentes escritores colombianos, quien supo infundir en su obispado el espíritu de concordia y de paz que sobreabundaba en su noble alma. Por la misma época, ocupó la silla de Santa Marta don Rafael Celedón, misionero por largos años entre los indios goagiros y poeta de inspiración muy alta. Se ensayó, no sin éxito, en la epo-



peya y es tenido con razón como uno de los príncipes de la poesía mística en Colombia.

Los límites obligados de esta reseña obligan a callar muchos nombres ilustres. El papel preponderante del metropolitano, sobre todo cuando tiene su sede en la capital de la nación, me ha inducido a tratar casi únicamente de los arzobispos de Bogotá. Cuán grato habría sido para mí mencionar a todos los esclarecidos obispos de mi Patria! Aquí aparecerían los que civilizaron el país, los que fueron defensores y amparo de los indígenas, los organizadores de las diócesis y fundadores de los seminarios, los valerosos campeones de la fe, los que padecieron persecución por la justicia, los que murieron al peso de las fatigas del ministerio, los que iluminaron a los fieles con el resplandor de la ciencia y los templaron al calor de las perfecciones evangélicas.

Paréceme que lo dicho basta a mostrar la sabiduría, santidad y grandeza de los prelados de Colombia.

Bogotá, diciembre de 1923.

RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

socio honorario de la Academia Nacional de Historia.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico